

La búsqueda de la Atlántida

Filosofía de la historia para comprender nuestro
“elevado derecho al futuro”

COLECCIÓN BIBLIOTHECA SALMANTICENSIS

Serie Filosofía 3

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHEF

Ana María Andaluz Romanillos – Universidad Pontificia de Salamanca, España

CONSEJO ACADÉMICO – ACADEMIC ADVISORY BOARD

Sixto J. Castro (Universidad de Valladolid, España)

Juan José García Norro (Universidad Complutense de Madrid, España)

Mauricio Beuchot Puente (UNAM, México)

Fernando Broncano Rodríguez (Universidad Carlos III de Madrid, España)

Jesús Conill Sancho (Universidad de Valencia, España)

Adela Cortina Orts (Universidad de Valencia, España)

John Cottingham (University of Reading/University of London / Oxford University, Reino Unido)

Dulce María Granja Castro (UNAM, México)

Diego Gracia Guillén (Universidad Complutense de Madrid, España)

Danièle Moyal-Sharrock (University of Hertfordshire, Reino Unido)

Jesús Padilla Gálvez (Universidad de Castilla La Mancha, España)

Chon Tejedor (University of Hertfordshire, Reino Unido)

Nuria Sánchez Madrid (Universidad Complutense de Madrid, España)

Jesús Vega Encabo (Universidad Autónoma de Madrid, España)

Nuno Venturinha (Universidade Nova de Lisboa, Portugal)

BIBLIOTHECASALMANTICENSIS

Serie Filosofía 3

LA BÚSQUEDA DE LA ATLÁNTIDA

Filosofía de la historia para comprender nuestro
“elevado derecho al futuro”

ALEJANDRO ROJAS JIMÉNEZ

COEDICIÓN

UPSA EDICIONES

EDITORIAL SINDÉRESIS

SALAMANCA

2024

Esta Editorial es miembro de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas (UNE), lo que garantiza la difusión y comercialización nacional e internacional de sus publicaciones.



ROJAS JIMÉNEZ, Alejandro

La búsqueda de la Atlántida : Filosofía de la historia para comprender nuestro “elevado derecho al futuro” / Alejandro Rojas Jiménez. – Salamanca: UPSA Ediciones, 2024.

245 p. ; 21 cm. – (Bibliotheca Salmanticensis. Serie Filosofía ; 3)

D.L. S.72-2024. -- ISBN 978-84-17601-75-1

1. Atlántida (Lugar imaginario). 2. Tiempo (Filosofía). 3. Historia-Filosofía I. Tit. II.

Serie 001.94 Atlántida

111

1(091)

© UPSA Ediciones

Universidad Pontificia de Salamanca

Compañía, 5 • Teléf. 923 27 71 28

publicaciones@upsa.es • www.publicaciones.upsa.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com <<http://www.conlicencia.com>>; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

I.S.B.N.: 978-84-17601-75-1

Depósito Legal: S.72-2024

© 2024, Editorial Sindéresis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-10120-18-1

A aquellos que me han enseñado a amar lo invisible,
y a ser feliz en el camino hacia lo imposible.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN: EN BUSCA DE LA ATLÁNTIDA	13-20
--	--------------

II. PRIMERA PARTE: LA ATLÁNTIDA COMO DESTINO

Capítulo 1. Introducción a la primera parte	23-26
Capítulo 2. El lugar de Platón en esta historia.....	26-32
Capítulo 3. La historia de la <i>Politeia</i>	32-39
Capítulo 4. El lugar de Aristóteles en esta historia.....	40-45
Capítulo 5. La diferencia entre querer hacer una sociedad mejor y querer pensarla	45-50
Capítulo 6. El límite del pensamiento griego	50-53
Capítulo 7. En contra del pensamiento griego inmaduro	53-58
Capítulo 8. En busca del deber-ser	58-64
Capítulo 9. El error platónico	65-70
Capítulo 10. La diferencia entre deber ser y ficción.....	71-75
Capítulo 11. De cómo un proyecto filosófico se convirtió en el destino de la humanidad	76-81
Capítulo 12. La falta como causa originaria.....	81-84

III. SEGUNDA PARTE: LA FILOSOFÍA Y SU TIEMPO

Capítulo 13. Introducción a la segunda parte	87-88
Capítulo 14. Distintos sentidos del tiempo	88-95
Capítulo 15. El tiempo de la filosofía.....	95-102

Capítulo 16. La distinción fundamental entre destino y porvenir	102-104
Capítulo 17. La primera gran filosofía sobre el destino: la teología de la historia de San Agustín	104-107
Capítulo 18. El papel de la Peste negra en la vivencia moderna de la historia.....	107-113
Capítulo 19. Voltaire o Vico: ¿una ciencia de la historia o una ciencia nueva?.....	113-120
Capítulo 20. El fin de la filosofía moderna de la historia.....	120-123
Capítulo 21. Las fases de la filosofía de la historia.....	124-130
Capítulo 22. De la verdad al tener por verdadero.....	131-138
Capítulo 23. La situación actual de la filosofía de la historia.....	138-141
Capítulo 24. La realización de la libertad como destino	141-144
Capítulo 25. Del contrato social a la utopía negativa	144-146

IV. TERCERA PARTE: EL TIEMPO Y SU FILOSOFÍA

Capítulo 26. Introducción a la tercera parte.....	149-153
Capítulo 27. El saqueo de Roma y el nacimiento de la teología de la historia.....	153-156
Capítulo 28. Del incendio de la biblioteca de Alejandría al nacimiento del coleccionismo.....	156-160
Capítulo 29. Las cruzadas y la convicción de una tercera época por venir.....	160-163
Capítulo 30. La Peste negra y el fin de la comprensión medieval de la historia	163-168
Capítulo 31. La imprenta y la concepción moderna del tiempo histórico	168-171
Capítulo 32. La Primera Revolución Industrial y el fin de una historia que trasciende los individuos singulares	171-174

Capítulo 33. La revolución realista de la física de 1905.
Einstein y el final de la utopía 175-178

Capítulo 34. Las Grandes Guerras y el nuevo rumbo contemporáneo
de la filosofía de la historia en su búsqueda de la Atlántida..... 179-185

Capítulo 35. Del SIDA a la acción comunicativa..... 185-188

Capítulo 36. La Guerra Fría y la experiencia actual del tiempo 188-194

V. CUARTA PARTE: NO HAY ATLÁNTIDA SIN ANÁMNESIS

Capítulo 37. Introducción a la cuarta parte..... 197-203

Capítulo 38. Recordar lo que no ha pasado 203-206

Capítulo 39. La noción de recuerdo en el siglo XX 206-208

Capítulo 40. La *anámnesis* del Platón y el recuerdo del mal..... 208-211

Capítulo 41. Walter Benjamin: recordar el futuro incumplido..... 211-214

Capítulo 42. El peligro de una *Nueva Atlántida* 214-218

Capítulo 43. El filósofo frente a Perseo: el héroe impío..... 219-224

Capítulo 44. La ciencia sobre la Atlántida: una ciencia que se busca 225-230

Capítulo 45. Conclusión: filosofía de la historia para
no renunciar a nuestro «elevado derecho al futuro»..... 231-238

Referencias citadas 239-240

Índice de obras mencionadas..... 241-242

Índice de obras mencionadas..... 243-245

I. INTRODUCCIÓN

EN BUSCA DE LA ATLÁNTIDA

En 1927 Heidegger anunciaba, para el asombro de los metafísicos, que la filosofía se había olvidado del ser. La tesis de fondo es hoy bien conocida: lo que la filosofía realmente había olvidado –según Heidegger– es que el ser es un hallazgo filosófico relacionado con cierta experiencia del tiempo. Si, por un lado, es cierta experiencia temporal lo que lleva al descubrimiento presocrático de la *physis*, donde las cosas que vemos están en continuo cambio y transformación (*metabolê*), por otro lado, es la apreciación de la diferencia entre lo que las cosas eran antes y acaban siendo después lo que conduce al hallazgo griego del ser, cuyo sentido principal –según nos dice Aristóteles– es justamente el de aquello que se transforma pasando de la potencia al acto.

Por supuesto, su famosa afirmación de que el ser se dice de muchas maneras debe entenderse también con una pluralidad de sentidos del modo como podemos entender esa diferencia marcada por el antes-después. Efectivamente, no es lo mismo que una cosa esté aquí antes y después allí (cambio de lugar: traslación) o que una cosa sea de un color hoy y de otro mañana (cambio de cualidad: alteración). Ninguno de estos cambios es sustancial. El cambio sustancial es el que designa la transformación, porque esos otros tipos de cambios son de menor importancia con respecto al cambio que se produce, por ejemplo, en una niña que deja de serlo para convertirse en mujer. Claro que esa niña puede estar en un sitio ayer y en otro mañana, y claro que puede ser pálida hoy y morena después de visitar la Costa del Sol, pero cuando decimos que ayer era una niña y hoy es una mujer, estamos señalando un cambio mucho más importante: un cambio sustancial. Es el que designa justamente Aristóteles como el paso de la potencia (*dýnamis*) al acto (*enérgeia*).

No es mi intención aquí hablar sobre la sustancia aristotélica, sino advertir que la comprensión del sentido del ser está relacionada con cierta experiencia del antes y al después, y eso es lo que parece que la metafísica habría olvidado según Heidegger. Pensar el ser, para Heidegger, no tiene que ver con pensar el ser en mayor grado (el *sumum ens*), sino con pensarlo en relación con el tiempo, con el antes y el después.

Por supuesto, no sólo existe el tiempo físico. Además del tiempo físico (al que Ricoeur denomina tiempo cronológico) existen otros tipos de tiempo, como por

ejemplo el tiempo humano: el de los proyectos y el de las experiencias pasadas. Si la mujer es el futuro porvenir de la niña desde un punto de vista cronológico o físico, hay otros sentidos relacionados con el futuro de esa niña que deben ser atendidos: sus proyectos vitales, sus sueños, sus anticipaciones, sus miedos... Aquí, del mismo modo que en las experiencias pasadas, hay una temporalidad que merece ser pensada y que también lleva impresa cierta comprensión del ser, en este caso de lo que Heidegger denomina el ser-ahí (*Dasein*): el existente. Es, de hecho, sobre esta cuestión en la que intenta profundizar Heidegger en 1927, pero no es el único sentido de la temporalidad que menciona. Dedicué mi investigación doctoral al análisis del pensamiento tardío heideggeriano en torno a la historia. Un particular tipo de tiempo cuyo rasgo esencial es, dice Heidegger, que nos sucede o acontece, con indiferencia de cuáles fueran nuestros proyectos e incluso nuestro porvenir más natural. Es, por ejemplo, lo que ocurre cuando los hombres se ven inmersos en guerras, que ven cómo sus proyectos se truncan, e incluso ven cómo los niños que deberían llegar a ser hombres no pueden serlo por culpa, justamente, de la guerra que les sucede. Este tipo de tiempo no es menos importante que el primero ni que el segundo, y también debe ser tenido en cuenta. Esta experiencia temporal de lo que Heidegger denomina acontecimientos (*Ereignisse*) es la que nos conduce a pensar el ser histórico. Ese que Heidegger acaba pensando como *Seinsgeschick*.

Desde aquella investigación doctoral he dedicado mucho tiempo a esta cuestión, yendo –desde luego– más allá de Heidegger. Estudiando otros autores e incluso teniendo finalmente la oportunidad de dedicarme a la docencia de la filosofía de la historia en la Universidad de Málaga. Durante estos años he llegado a comprender mejor los distintos sentidos del tiempo y a profundizar particularmente en la peculiaridad del tiempo histórico. Aunque en este libro vamos a hablar del tiempo en general, nuestra intención de fondo será pensar concretamente el tiempo histórico, que debe ser distinguido de los otros sentidos del tiempo. Gran parte del error de la filosofía y de la filosofía de la historia fue, en su momento, no haber sabido distinguir los distintos tipos de tiempo. De la confusión de los mismos nace, por ejemplo, la confusión principal del idealismo hegeliano. Pero cabe advertir que ya en el inicio mismo de la filosofía se produce esta confusión que marca el desarrollo de ésta desde su inicio histórico. Me estoy refiriendo al idealismo neoplatónico, que confunde el futuro proyectado con el futuro porvenir. Espero, al menos de momento, que la siguiente referencia a uno de los textos más conocidos de Platón sirva para explicar en líneas generales el sentido de esto que acabo de decir y que puede haber quedado algo oscuro.

Después de haber fracasado en Siracusa en su intento de llevar a cabo su gran proyecto político, Platón aprende de esa experiencia. El cambio producido en él se puede observar en la maduración de su pensamiento. Uno de los diálogos que escribe cercanos a esta experiencia es el *Timeo*, continuado por un hermoso diálogo llamado *Critias* que, desgraciadamente, sin embargo, está sin acabar. En estos diálogos se narra la historia –según afirma Critias en el *Timeo*– más importante de Atenas (Platón, *Timeo*, p. 20d): la historia de la lucha entre los atlantes y los atenienses en la que los atenienses salieron victoriosos. En el siguiente diálogo, *Critias*, se sigue hablando de la Atlántida, pero se la presenta como el gobierno ideal. Dice Dombrowski que el diálogo es continuado en lo que hoy conocemos como *Las leyes* (Dombrowski, 1981), pero es una cuestión no compartida por todos los especialistas y en la que no es necesario entrar ahora. Lo que Platón dice de estos atlantes es que valoraban más la virtud que los bienes materiales, cuidaban la amistad y gobernaban con tranquilidad e inteligencia. Pero ocurrió que se convirtieron en arrogantes y codiciosos y Zeus quiso castigarlos para que volvieran a la medida y la prudencia.

Gran parte del interés que ha despertado este relato ha estado relacionado con la búsqueda física de la Atlántida; sobre todo desde la traducción del *Critias* de Ficino (Pérez, 2010, p. 138) e impulsada por el descubrimiento de América. Los receptores más cercanos a Platón, como el propio Aristóteles, consideraban por el contrario el relato ficticio (Pérez, 2010, p. 139). Existiera o no el continente, Platón no tiene una intención historiográfica, sino que quiere servirse de ese relato para enseñar algo. Y este algo es, por supuesto, cierta experiencia temporal. Para muchos la historia tiene que ver con el pasado, pero para otros tiene que ver más de lo que parece con el presente e incluso con el futuro. Platón, en *Critias*, aunque habla de algo que ha pasado, bien parece que lo que realmente considera importante es justamente lo que puede aún pasar. En este sentido, algunos, como Dombrowski y Dusanic han sostenido que lo que Platón quiere hacer es enseñar que los atenienses pudieron y pueden hacer frente a imperios como el Persa si se mantienen unidos por ideales morales elevados. Pero yo me inclino a pensar más en la línea de Vidal-Naquet: que el relato de la lucha con los atlantes nos pone sobre la mesa la referencia a una Atenas primordial que no es la que se corresponde con la Atenas de su tiempo, y ello con la intención de hacernos pensar en la Atenas que podría haber llegado a ser de no ser por la corrupción y el egoísmo de sus habitantes. Es la Atenas que seguramente Platón piense que es la Atenas ideal: la que debería haber sidio.

Puesto que además habla de una Atenas dorada que tampoco es ya la Atenas de su tiempo, el relato podría incluso servir para que los atenienses reconocieran en ella su antigua gloria perdida. Se trata, en cualquier caso de mostrar una Atenas que ya no es la Atenas de su tiempo (Vidal-Naquet, 1992, p. 116), pero sí es sin embargo una Atenas más originaria y auténtica. En *Critias*, la Atenas histórica aparece como una suerte de corrupción de la Atenas originaria e ideal, lo cual puede llegar a ser realmente fructífero si se pone en relación con el diálogo previo al *Timeo*: la *Politeia*. El mito, pues, hablaría a los atenienses de una sociedad mejor que podría haber sido Atenas, o incluso que podría llegar a ser imitada (la *Politeia* platónica).

En este mito existe cierta experiencia temporal en la que quiero insistir: por un lado, nos habla de un pasado dorado que habría desaparecido por culpa de la corrupción de la ciudad. Si pensamos que Platón nos habla de un pasado histórico tenderemos a pensar que Platón está hablando de una civilización que fue y dejó de ser, pero yo me inclino a pensar, junto con Aristóteles, que el interés de Platón no es histórico sino poético: hablar de un pasado que sirva para comprender el presente y enseñarnos el camino del futuro. La Atenas real, la que acontece después de la guerra del Peloponeso y del gobierno de los treinta tiranos ya dista mucho de ser la Atenas dorada de Pericles, que habría además muerto en una epidemia de Salmonella que bien podría haber sido experimentada por los griegos como un castigo del mismo Zeus (como relata en el mito). Pero, sobre todo, una Atenas que dista de ser la sociedad ideal que nos relata la Atlántida, y que bajo el ropaje del mito estaría enseñando a los atenienses a pensar su propio futuro como destino: la Atlántida es, para mí, menos un relato histórico sobre una civilización pasada, que un relato poético sobre la Atenas del futuro. Y pienso, además, que éste es el proyecto platónico que se relata en la *Politeia*.

En la medida en que no sabe diferenciar el futuro humano de los proyectos con el futuro físico de lo que está porvenir acaba cayendo en el error de Siracusa. Pero el fracaso convierte a la *Politeia* en algo más que un proyecto de unos hombres concretos: en un destino histórico de todos los atenienses. Sabemos que Atenas nunca recuperará sus años dorados. Pero la Atlántida, como símbolo de la sociedad ideal, no dejará por ello de existir. Todo lo contrario, ha sido buscada y perseguida por los filósofos tanto o más que por los historiadores. Se ha llegado a convertir en el destino de todos los filósofos que, después de Grecia, han seguido buscando lo que Platón denominó filosóficamente como *Politeia*. San Agustín, Kant, Voltaire, Hegel, Comte... todo el que se ha acercado alguna vez a la filosofía de la historia ha advertido pronto que, a pesar de todos los nombres que ha recibido, la sociedad ideal ha

sido considerada como el destino de un colectivo humano del que los griegos formaban sólo una parte inicial. Pero aquí, una vez más, lo que está de fondo es cierta comprensión del tiempo.

La filosofía de la historia versó, en sus mejores momentos, sobre una historia que era concebida como un desarrollo progresivo hacia la sociedad más racional realizable. Y así fue hasta que fueron calando las intempestivas acusaciones de Nietzsche a la idea filosófica de historia. Hoy resulta extraño que los filósofos hagan filosofía de la historia, como si ya no viviéramos en el tiempo de la historia de la filosofía. Como si hubiera pasado el tiempo de, relacionándolo con lo dicho anteriormente, buscar filosóficamente la *Politeia*. Este libro está escrito para reivindicar la necesidad de una filosofía de la historia que asuma, como dice Benjamin, el compromiso histórico de pensar el futuro incumplido. No podemos renunciar a nuestro elevado derecho al futuro, pero para no renunciar a él hay que aprender, como defenderé en este libro, a pensar el futuro recordando el pasado. No, evidentemente, para repetir lo dicho o atestiguar lo ocurrido, sino para advertir lo que no llegó a pasar y debería haber pasado. Es difícil, en esta introducción precisar bien lo que quiero decir. Baste por el momento, si acaso, indicar sólo que en el reconocimiento de lo que ha pasado uno descubre la historia que ha sido al tiempo que aprende a pensar la que debería haber sido. No sólo lo que podría haber sido, sino lo que debería haber sido. Por ejemplo, si la mujer ha sido excluida de diversos modos como nos hace ver el feminismo, esto es algo que sólo puede llegar a entenderse cuando aprendemos a pensar que no debería haber sido así. En la filosofía de la historia que debemos hacer hoy de lo que se trata es de aprender a pensar lo que debería haber ocurrido. Se trata de mantenernos fieles al mito de la Atlántida, de seguir asumiendo hoy su búsqueda como nuestro destino histórico.

Filosofías de la historia ha habido muchas, y nos vamos a detener en las más importantes. Si bien, podríamos dividir las en tres épocas: una época en la que la filosofía no se pensaba parte de una historia, una época en la que la filosofía consideraba que la historia lo era de ella misma, y una época en la que la filosofía dejó de pensar la historia para comprenderse más bien como su producto. La filosofía de la historia que aquí quiero proponer sería una filosofía de la historia crítica con el historicismo, que no se limita a entenderse como producto histórico, sino que acepta su compromiso histórico de pensar lo no-pensado como condición de posibilidad para mantener abierta la posibilidad de que el futuro no sea sólo concebido como mero porvenir que poder predecir, sino que sea por el contrario pensado como lo ausente

que merece ser pensado porque su falta es necesaria restituirla. Esto es lo que debe ser pensado y debemos aprender a pensar sin caer en los errores de las filosofías de la historia de otras épocas.

Pero esto, bien entendido, no deja de ser mantenernos fieles al proyecto inicial de la filosofía en su origen mismo. La filosofía que se inicia como la búsqueda de esa civilización a la que Platón dio el nombre de Atlántida y que él mismo concibió como una segunda navegación de la filosofía. No se trata sólo de una cuestión meramente historiográfica, sino de cierta experiencia temporal acerca de la contingencia de un presente que no satisface las expectativas humanas: si hay una historia del pensamiento y de la humanidad es sólo porque el hombre experimenta su presente como pasajero e insatisfactorio.

Seguramente la filosofía esté sufriendo cierta crisis en el mundo actual. Basta ver, por ejemplo en España, en qué medida se discute su importancia en la educación obligatoria. Hoy son muchos los que piensan que la filosofía no es necesaria en la sociedad, sino un adorno cultural cuyo lujo podría mantenerse siempre que pueda ser financiado. Esto es así por una sencilla razón: nuestra sociedad es incapaz de cuestionar el presente. Otros sentidos del ser, como por ejemplo el deber ser, han dejado de considerarse como auténtico conocimiento, porque la ciencia versa sobre lo que es y hoy sólo lo que es ciencia merece auténtica financiación y respeto. No debe malentenderse esa última expresión: desde luego que la ciencia merece financiación y respeto. Le debemos mucho. Pero no debemos dejar que la admiración que le profesamos nos impida preguntarnos racionalmente (no sólo opinando) si las cosas realmente son como deben ser. La filosofía nace ligada a la angustiada experiencia de esta suerte de falta o ausencia, como bien ha relatado recientemente Fernando Pérez-Borbujo en su *El principio de angustia* (Pérez-Borbujo, 2022). Cuando aparece la filosofía lo hace revelándose contra una sociedad que no es como debía ser, nace comprometida con la búsqueda de la Atlántida y así, antes de su historia, la filosofía es ya una nueva forma de relacionarse con el tiempo. Es, ella misma, el resultado de cierta experiencia temporal: la que considera que lo que es racional es lo que auténticamente tiene sentido que sea, incluso cuando no es lo que podemos ver o experimentar. De hecho, es justamente porque se distingue del ser que se puede ver por lo que se hace necesario pensarlo.

Al pensar qué es y cómo debe ser la *Politeia*, nos veremos hablando de un pasado originario que más que tener por objetivo el pasado (lo que fue), tiene como

objetivo nuestro futuro: lo que debemos ser los ciudadanos del mañana. No se trata obviamente de hacer real una sociedad ideal, sino de no dejar de advertir que esa sociedad tampoco es la sociedad en la que estamos, y que lo será aún en menor medida si no somos capaces de volver a sentir la angustia de esa experiencia que nos empuje a no conformarnos y limitarnos a las cosas tal y como son. Cada vez que decimos eso dejamos de experimentar que lo humano siempre fue justamente advertir lo que le falta, lo que debemos añadir a lo que hay. Siempre fue ésta la clave de la antigua separación entre naturaleza (*Natur*) y espíritu (*Geist*). La clave de esta separación, pensada con más o menos acierto repetidas veces, siempre fue que la naturaleza se presentaba insuficiente a los ojos de una humanidad que sentía que, sin ir necesariamente contra la naturaleza, quedaba mucho por hacer. Y ese recorrido por hacer, que a nosotros nos ha llegado como pasado, es la historia de la filosófica búsqueda de la Atlántida como auténtica historia del hombre que no quiere renunciar a su elevado derecho al futuro. Es, por supuesto, también una historia de liberación: de liberación de ideas supuestamente fundadas en cierta comprensión de la tradición que nos habrían impedido atrevernos a afirmar nuestro derecho al futuro. De liberación, también, de opiniones y prejuicios que hemos asumido sin cuestionar. De liberación, en última instancia, de nuestra incapacidad para pensar que nuestro presente no es necesario ni tenemos que reducir todo pensamiento a su constatación y fundamentación. La filosofía tiene la obligación de enseñarnos a pensar cómo podrían ser las cosas de otra manera. Se distinguiría de la literatura en que no se trataría simplemente de aprender a pensar ficciones, sino aprender a pensar lo que pudiendo ser de otra manera debería ser de hecho de otra manera.

Analizaremos cómo ciertos acontecimientos históricos habrían ido modelando el modo en el que los filósofos habrían ido vivenciando esta peculiar tarea. La historia misma, de la que los filósofos formaban parte, habría ido dejando cierta huella en las personas que vivieron los distintos acontecimientos históricos, aprendiendo a pensar su relación con el futuro. Para los modernos, por ejemplo, la historia de la filosofía era la historia de la realización de esa sociedad perfecta o ideal que acabaría por venir. Los que sufrieron las consecuencias de la primera revolución industrial, por su parte, se desencantaron de ese optimismo infundado que autores como Comte tenían en la ciencia y en la tecnología para hacer el mundo ideal que los filósofos, según el positivista, no acertaban a pensar ni realizar. Se necesitaba algo más que tecnología y ciencia, se necesitaba –siguiendo a autores como Feuerbach, Stirner o Nietzsche– aprender a liberarse de la pertenencia a una idea de humanidad que nos

obligaba a renunciar a nosotros mismos en favor de una interpretación trascendental del deber ser al que siempre teníamos que plegarnos renunciando a lo que Nietzsche, en *Ecce homo*, denomina nuestro elevado derecho al futuro. No se trata, por supuesto, de renunciar al deber ser, sino de renunciar a cierta comprensión del deber ser. Hay que volver a pensar el deber ser hoy, y esto pasa por pensar qué significa hoy la búsqueda filosófica de la Atlántida.

De modo que en este libro, no sólo se narra la historia de cómo se ha ido concibiendo la búsqueda de la Atlántida a lo largo de la historia de la filosofía, y de cómo los distintos acontecimientos históricos han ido aportando las vivencias necesarias temporales del antes y el después en función de las cuales se ha llegado a entender y vivir la diferencia entre lo que es y lo que debe ser, sino que –además– intentaré mostrar cómo los últimos acontecimientos históricos son decisivos para comprender nuestra especial relación con una Atlántida, cuya búsqueda quiere ser presentada en este libro como el auténtico compromiso histórico de la filosofía con su tiempo.

Pero al hablar del futuro debemos evitar los errores del pasado. El problema de la filosofía moderna, es que confundía destino con futuro porvenir, y por eso acaba pensando que comprender el destino es comprender el futuro hacia el que nos dirigimos. Si diferenciamos los distintos tipos de tiempo, como propondré en este libro, podremos comprender la búsqueda de la Atlántida sin confundir este tiempo con el tiempo de los proyectos humanos o el tiempo físico, sino como un destino que, en su lugar, tiene que ver con el tiempo histórico entendido como acontecimiento: el proyecto fracasado de Platón que llegó a concebirse como un futuro porvenir durante la edad media es algo que habiendo ocurrido nos obliga a responder irremediamente. Hoy sabemos que la *Politeia* de Platón no llegará a ser nunca presente, no está por venir, pero habiendo ocurrido el proyecto platónico ha dejado en nosotros una tarea que no podemos apartar: la *Politeia* se ha llegado a convertir en nuestro destino.

O, dicho de otro modo, nuestro destino es buscar la Atlántida. La *Politeia* como destino significa aquí: la tarea de responder si estamos dispuestos a liberarnos de nuestro presente, a aceptar que además de cómo son las cosas de hecho, cabe pensar en cómo deberían ser. Como relata el mito de Er, es como si este amor por lo que debería ser acabara convirtiéndose en nuestro *daimon*, atado y cosido a nosotros mismos desde nuestro nacimiento que, como dice Heráclito, forja nuestro carácter.